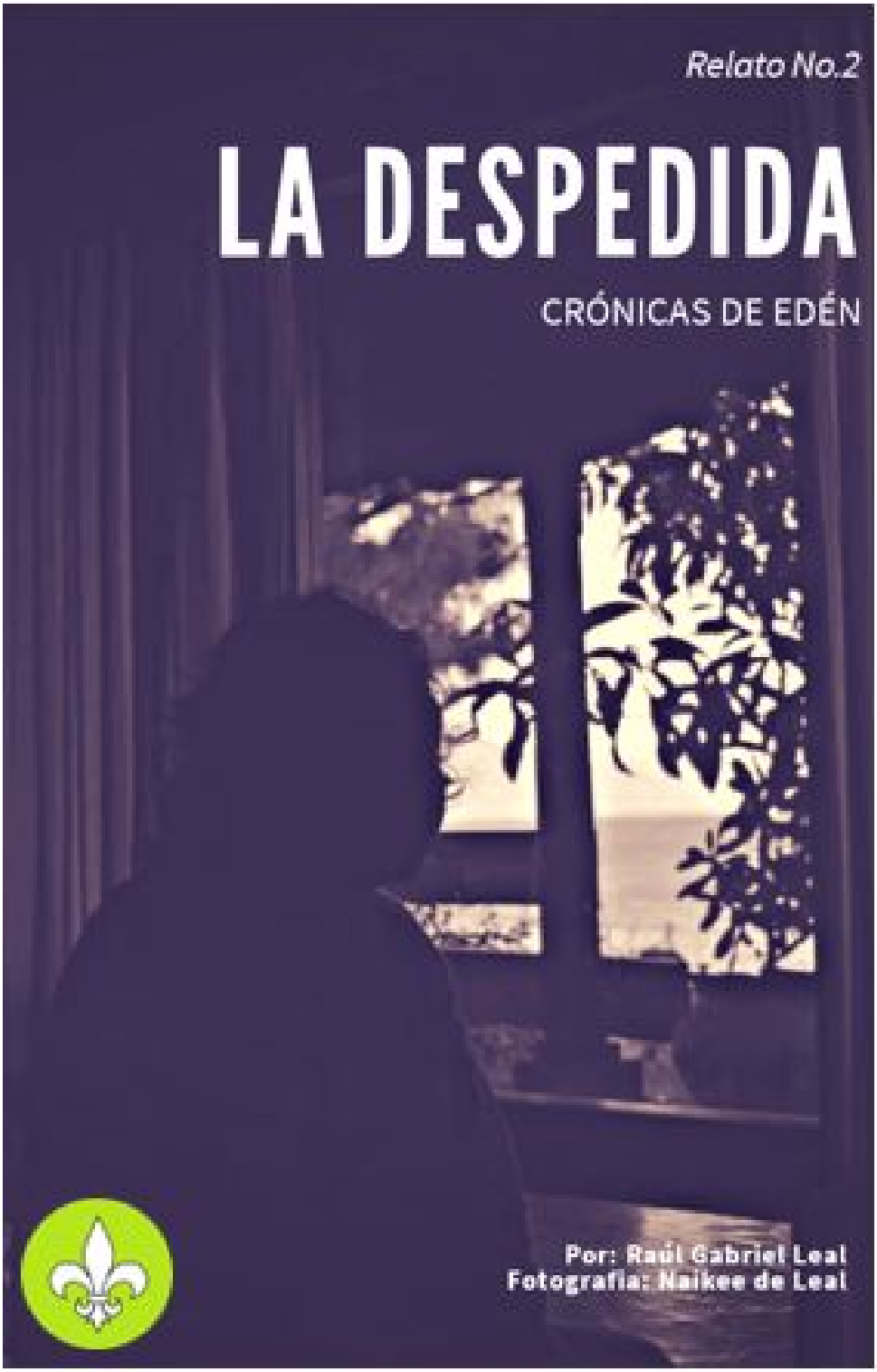
LA DESPEDIDA

La_Gabopedia (Gabriel Leal)



Capítulo 1

LA DESPEDIDA

(5 de Nivoso del año 3 de la Nueva Era)

Desde el tercer nivel del edificio donde se han instalado sus oficinas, Judith Abbenville se mantiene de pie frente al ventana abierta; el gélido viento, que entra a raudales, choca con la oscura piel de su rostro y agita su abundante y ensortijado cabello. Este invierno parece ser aún más frio que los anteriores y ella, embutida en un tibio sobretodo gris, firme y sin abandonar ese aire de elegante dignidad, observa el amplio parqueo donde, bajo el cielo gris, esperan más de una veintena de viejos autobuses escolares, varios vehículos del recién formado Cuerpo de Seguridad y casi una centena de Guardias.

Ajena a todo, contemplando aquella escena, no escucha al alto y fornido hombre de más de cincuenta años, cabello rubio, piel bronceada y facciones duras, que se acerca a ella.

—Secretaria Abbenville, ¿todo bien?

Con un rápido ademán limpia la tímida lágrima que se desliza por su mejilla antes de contestar.

—Si, Victor, no es nada. Y no me llames así; juntos hemos pasado por mucho y es justo que obviemos esos cansados formalismos.

—A veces uno se acostumbra a los formalismos, Judith —responde el Secretario Victor Smith mientras coloca su rústica y noble mano sobre el hombro de ella—; hemos pasado demasiado tiempo en cansadas reuniones oficiales.

—Más de las que todos hubiéramos querido; pero era necesario tomar difíciles decisiones... incluso dolorosas decisiones.

Su voz tiene un tono de tristeza cuando dice las últimas palabras.

—¿Imagino que te refieres a la partida de los chicos?

—Sobre todo a eso. No creo que eso de llamar a la ciudad en su honor fuera del especial agrado de Michael... pero estoy segura qué esto de los chicos no le gustaría para nada.

—No hay forma de saberlo; Michael Colón nos dejó demasiado pronto... pero al menos nos dejó al Edén, nos dio esperanza. Además, Earl no ha hecho un mal trabajo tomando su lugar en la dirección del Consejo y como Presidente del Concilio.

—Earl Turner es un hombre que no termina de ganarse mi confianza —replica ella con cierto enojo—. Sospecho que lo motiva algo más que sólo buscar el bienestar de los ciudadanos del Edén.

—No sé de esas cosas, Judith; sólo soy un ingeniero que se esfuerza por hacer de la mejor manera posible el trabajo que le encomiendan. Lo que sí puedo decirte es que nunca nadie tendrá el carisma que tenía Michael Colón y por ello extrañaremos tanto su liderazgo.

—Vaya si no nos ha hecho falta los últimos dos años.

Dice lo último mientras exhala un suspiro y desvía su mirada a la derecha, por sobre la alta reja que rodea el complejo, hacia el campo ubicado al otro lado del boulevard y donde, al cobijo los árboles de hojas marchitas, empieza a reunirse una pequeña multitud de hombres y mujeres con rostros tristes; van cubiertos con gruesas chaquetas, mascarillas de tela y gorros de distintas formas y colores. Todos esta allí para despedir a los chicos. Será tarea de los Guardias, además de escoltar a la caravana de autobuses, evitar que cualquier arrebato emocional de aquella multitud entorpezca la operación.

—¿Tu niña también partirá con los demás chicos?

La pregunta del secretario Baker le cae como un balde de agua fría.

—Si, así es como debe ser.

Parada frente a la ventana abierta, sintiendo como el gélido aire le pega en el rostro, mientras Victor Smith guarda silencio a su lado, piensa en cómo quisiera salir corriendo de aquel edificio, buscar a su pequeña niña y retenerla a su lado a cualquier precio... pero no puede hacerlo. Ella, como alta autoridad de esta nueva sociedad que apenas empieza a construirse, debe ser fuerte y dar el ejemplo.

—Al menos tu niña estará bien —dice el secretario Smith después de un rato—; no la verás por algún tiempo, pero puedes estar segura qué estará bien. Yo, en cambio, ya no tengo a nadie; el virus del Armagedón se llevó a mi esposa y mis dos hermosos hijos. Si no fuera porque hay tanto trabajo me hubiera vuelto loco hace mucho tiempo. Pero debo seguir adelante, debo creer que algún propósito superior me ha conservado con vida... para honrar su memoria, debemos seguir adelante.

Ahora es él quien vuelve el rostro y se apresura a limpiar el par de furtivas lágrimas que corren por sus mejillas. Ella, conmovida por aquella espontanea muestra, pasa el brazo por su espalda y lo atrae hacia si, recostando levemente la cabeza en su hombro.

—Todos hemos sufrido Victor; lo que pasó no dejó a nadie exento de dolor. Y, sin embargo, aún tenemos duras pruebas por delante... como la que estamos a punto de enfrentar. No creo que Michael hubiera estado de acuerdo, pero este es un sacrificio que nuestra generación debe hacer para asegurar el futuro de la siguiente generación.

La voz de ella, casi siempre firme y segura, parece invadida por una tristeza cada vez mayor. El, que en muy raras ocasiones se muestra emocional, retoma su apacible y desentendido tono de voz para decir:

—Somos una generación perdida, Judith; pero, al menos, la mayoría estamos de acuerdo en que sea de esta manera. Cierto que es una prueba dura la de hoy, pero todos coincidieron en que es lo más conveniente por el momento.

Recién termina de decir aquello cuando se abren las puertas del edificio ubicado frente a ellos, al otro lado del enorme parqueo. Por el amplio umbral emerge una larga columna de chicos y chicas de todas las edades, cubiertos por chaquetas de tipo militar de color beige en cuyo frente han cocido un trozo de tela impresa con el número de identificación que les ha asignado la administración del Edén; todos cubren sus bocas con mascarillas y evitan el contacto físico tanto como pueden, tal como el protocolo dicta que debe actuarse siempre que un grupo grande de personas debe reunirse. A ninguno se le ha permitido llevar más que una pieza de equipaje: una mochila o pequeña maleta. En todos los rostros hay tristeza y temor.

Los guardias, dispuestos de forma estratégica por todo el parqueo, guían aquella larga columna hacia los autobuses; sólo se escuchan las voces de los guardias, el ronroneo de los motores puestos en marcha para calentar y las pizadas de los chicos que caminan sin proferir palabra. Todo se realiza en perfecto orden bajo el plomizo cielo de aquella fría mañana, bajo la absorta mirada de la silenciosa multitud congregada en el campo al otro lado del boulevard.

Cuando ya varios de los autobuses han sido colmados con su preciosa carga, aparece en el umbral del edificio una chiquilla de piel oscura, con abundante y ensortijado cabello negro; arrastra tras de sí una pequeña maleta rosada con ruedas y busca con avidez un rostro conocido detrás de todas las ventanas. Sólo tiene nueve años y se ve diminuta en medio de la larga columna de desconcertados chicos y chicas, pero la Secretaria Abbenville no tiene problema en reconocer al instante esa carita redonda de mirada perdida que ha tomado tantas veces entre sus manos; allí esta

ella, allí esta su niña adorada.

En el mismo momento, la pequeña niña de abundante y ensortijado cabello negro descubre la inconfundible figura de su madre parada detrás de la ventana abierta; el desconcierto de su expresión desaparece mientras alza una mano y la agita con emoción. Entonces, justo antes de llegar a la puerta del autobús que debe abordar, sin dudarlo un segundo, se detiene para colocar un beso en la palma de su mano y lanzarlo hacia la ventana desde la cual la observa su madre; la Secretaria Judith Abbenville hace el gesto de atrapar aquel beso sin substancia y guardarlo dentro de su corazón antes de enviar un beso similar de vuelta. Después, y como gesto final, la hermosa niña alza el puño derecho sobre su cabeza para luego desaparecer por la puerta del autobús.

Ese último gesto orgulloso y valiente de su niña, ese alzar el puño sobre su cabeza, hace que logre sobreponerse a su dolor, aunque siente como si dentro de su pecho algo se rompiera de forma irremediable; aquella pequeña y en apariencia indefensa niña no tiene miedo, parece saber que esta separación es necesaria para el bienestar de todos. Sin embargo, esa expresión de elegante dignidad que suele identificar a la Secretaria Abbenville se convierte en un puchero durante todo el tiempo que los chicos tardan en subir a los autobuses.

—¿Estas bien? —Vuelve a preguntar el Secretario Smith después de un rato.

—Si, Victor. No es nada.

—Tranquila... esto no tardará demasiado.

En efecto, no pasa un cuarto de hora antes que todos los chicos hayan subido a los autobuses y la caravana se disponga para salir.

Pronto se abren las puertas del parqueo y varios vehículos del recién formado Cuerpo de Seguridad, seguidos de gran cantidad de guardias, se precipitan hacia el boulevard y forman una barrera, dispuestos a contener cualquier arrebato emocional de la multitud reunida en el campo cercano. Pero ninguno de los ciudadanos allí reunidos hace el más mínimo movimiento, todos parecen invadidos por una paralizante tristeza y se limitan a observar mientras los autobuses arrancan y enfilan hacia el norte por el boulevard; varios vehículos escoltan la larga caravana de autobuses.

Ante el paso de los amarillos autobuses escolares casi todos agitan las manos en señal de despedida, lanzan besos al aire, gritan adioses o alzan el puño derecho sobre su cabeza como gesto de valor y resistencia; cientos de manos y rostros tristes devuelven el gesto de despedida desde

las pequeñas ventanas de los autobuses. Casi todos los congregados en el parque lloran, en mayor o menor medida. No falta quien, vencido por sus emociones, trata de lanzarse detrás de los autobuses... pero no es necesaria la intervención de los guardias pues aquellos pocos arrebatos son pronto contenidos por quienes se encuentran cerca; contraviniendo las indicaciones de evitar el contacto físico innecesario, detenienen a quienes inician la loca carrera detras de los buses y ofrecen un hombro sobre el cual desahogar su desesperación o un abrazo de consuelo.

Pronto los autobuses se alejan y los vehículos del Cuerpo de Seguridad se suman a la caravana.

Desde la ventana del tercer piso del edificio donde se han instalado sus oficinas, Judith Abbenville es presa de un sentimiento que la llena de terror mientras ve alejarse los autobuses con rumbo al internado que se ha construido al norte: no puede creer con cuanta facilidad todos han renunciado a aquello por lo cual la humanidad ha peleado tanto a lo largo de la historia, no puede creer con cuanta facilidad han entregado sus vidas en manos de una administración burocrática y sin sentimientos, con cuanta facilidad todos han renunciado a su libertad en pro de un bienestar material que aún se percibe como incierto... y, sobre todo, no puede creer como ella forma parte de todo aquello.

No puede evitarlo y, soltándose a llorar de forma amarga e incontrolable, se voltea y se refugia en el pecho de Victor Smith, quien se mantiene de pie detrás de ella.

—Siento que no volveré a verla nunca —dice sin darse cuenta.

—Tranquila, Judith. Por supuesto que volverás a verla; esto es temporal, sólo mientras terminamos de poner en orden las cosas.

Ella no contesta. Victor trata de consolarla, pero ella se encuentra inconsolable. Tarda un buen rato en lograr contener sus lágrimas y para entonces la multitud reunida en el parque al otro lado del boulevard ha desaparecido; todos han vuelto hacia sus habitaciones o puestos de trabajo, prestos a continuar la labor de reconstrucción que no cesa por nada. El enorme parqueo ha quedado desierto, sólo el sonido de la verde bandera con una blanca flor de lis ondeando al viento rompe el espectral silencio.

—Pudiste haberla retenido a tu lado... aun puedes hacerlo.

—No, Victor. Queremos construir una sociedad nueva, donde todos compartamos la misma dicha o el mismo dolor; hubiera sido un mal mensaje si hubiera usado mis influencias para retenerla a mi lado. Además, mañana me sumo a la expedición de Kelvin Baker y no era

posible que mi niña me acompañara.

—¿Partes con Kelvin hacia los campos petroleros del oeste?

—Solo lo acompañare hasta la frontera del rio Frutales, donde están los campos de refugiados; debo organizar a todas aquellas personas en granjas y reactivar la producción agrícola. La tarea de Kelvin es más peligrosa y por ello, además de varios ingenieros y técnicos, lo acompaña un contingente de duros y experimentados guardias, antiguos miembros de las Fuerzas Armadas.

—En cambio yo debo partir hacia el norte por la tarde, debo supervisar la construcción de la hidroeléctrica que esta casi por concluir. Si ya no te veo, te deseo éxitos en tu viaje.

—Gracias, Victor... igual para ti.

—Adiós amiga.

—Adiós, viejo amigo.

Ella no puede evitar darle un fuerte abrazo, un largo y fuerte abrazo, antes de despedirse con el ya habitual saludo de alzar el puño derecho sobre su cabeza; el responde con el mismo gesto y sale de la habitación con el mismo sigilo con que entró.

Entonces, quedándose de nuevo sola, vuelve la vista hacia la ventana, hacia el norte, hasta donde el largo boulevard se pierde en el horizonte. Sabe que debe mantener viva la esperanza, que esta separación debe ser sólo temporal...pero por una extraña razón se siente vacía, invadida por una tristeza similar a la que provoca la muerte de un ser querido; piensa en su hermosa niña y no puede sacudirse de encima esa sensación de que no volverá a verla nunca.